

Adán: El primer hombre y la primera neurosis

LUCAS CIÁVARO

“Una madre ama a su hijo por sobre todas las cosas; sin embargo, debe ser imparcial cuando este es corregido por el padre”.

Yamamoto Tsunetomo, Hagakure

Como bien sabemos, los intentos de nuestros antepasados por explicar el mundo en que habitaban ha dado lugar a las más variadas mitologías y estas, directa o indirectamente, dieron origen a las religiones que actualmente conocemos. Emulando a las religiones el psicoanálisis recurre a menudo a la mitología para ejemplificar o explicar diversos fenómenos: Desde Sigmund Freud con el mito de Edipo y su relación con la sexualidad infantil hasta Raúl Usandivaras con el viaje de los argonautas como reflejo del periplo por el cual atraviesan los grupos terapéuticos. Esto se debe a que cada mito está cargado de símbolos y, como decía el mismo Usandivaras (1982, p. 23):

Usando un modelo físico podemos decir que cada símbolo es como una pila donde están condensados y almacenados múltiples significados, y cada mito es como una batería formada por series de pilas conectadas entre sí. En estas baterías de significados se han guardado desde tiempo inmemorial los conocimientos del hombre.

Entonces, teniendo en cuenta esta forma de pensar al mito, nos centraremos ahora en el análisis de la forma en que a lo largo de su historia la humanidad ha intentado responder a la pregunta fundamental sobre su origen: ¿De dónde venimos (y hacia dónde vamos)? Por lo tanto emprenderemos esta tarea bajo un punto de vista principalmente psicoanalítico con miras a intentar reconstruir la historia de la constitución subjetiva del primer hombre.

Sabemos que como resultado de la antedicha interrogación el ser humano ha elaborado las más diversas versiones sobre el origen del primer hombre y la primera mujer reflejadas en la mitología de cada cultura. Así tenemos, por citar solo algunos ejemplos, el mito de Ask y Embla hechos a partir de un fresno y un olmo en la

mitología nórdica, Prometeo creando al primer hombre con arcilla en la mitología griega, Pangu saliendo de un huevo en la mitología China y, más cercano a nosotros, Dios creando a Adán con barro y a Eva a partir de una costilla de este en el Génesis judeocristiano. Es este último mito en particular el que atañe a este trabajo, pero debemos comenzar haciendo una aclaración que será desarrollada más adelante: Eva no es la primera mujer en la vida de Adán. A simple vista pareciera que el Génesis solo se ocupa de la creación del ser humano como mera entidad física, haciendo poca mención a aquella parte del hombre que más interesa a la psicología: El alma o, como la denominaban los griegos, la *psyché* (ψυχή). Esta última deducimos que es insuflada junto a la vida con el hábito de Dios. Visto de esta forma tenemos entonces a Adán cuerpo-y-alma paseando por el Edén presto a atravesar las peripecias que el Antiguo Testamento le depara, pero cabe preguntarnos: El primer hombre ¿qué tipo de *psyché* tenía? O, ya entrando de lleno en el campo psicoanalítico: ¿Qué estructura psíquica tenía Adán? Para ello deberemos analizar un poco “la relación con sus padres”.

En el Génesis leemos sobre Adán como creación directa de Dios, no se menciona una madre para el mismo, sin embargo hay mujeres en su vida. Las escrituras solo mencionan a Eva, quien será su pareja, pero, como adelantara, no es la primera mujer. El primer ser de sexo opuesto con quien Adán establece un vínculo amoroso es Lilith, la cual si bien no se ha conservado en la religión cristiana (solo se menciona su nombre en Isaías 34, 14 sin mayor detalle) sí es recordada en el folklore judío y probablemente haya sido heredada de la mitología mesopotámica. Pero ¿quién es Lilith? Se trata de una mujer con la que Adán mantiene un vínculo de amor, pero la cual se niega a mantener relaciones con él y finalmente abandona el paraíso relacionándose con los demonios, por lo cual Adán deberá retirar de ese objeto la libido con que lo había investido y finalmente buscará ese amor que Lilith le negó en Eva. Así y todo cabe destacar que la omisión de Lilith en la cultura cristiana parece ser tardía, ya que en el techo de la Capilla Sixtina, al representar a Adán y Eva tentados por la serpiente, Miguel Ángel utilizó la figura

de Lilith (bajo la forma de una mujer-serpiente) para representar a quien les ofrece el fruto prohibido¹.

Entonces nos encontramos con el fruto prohibido asociado con la primera mujer que amó Adán pero a la cual tuvo que resignar. Mujer esta que, por añadidura, termina siendo un demonio, una mujer-serpiente. Ahora bien, podemos ser “anatomistas del mito” y tomar a esta mujer-serpiente como si se tratara de un mitema². De esta forma nos recuerda al arquetipo de la madre, el cual es un símbolo que puede tener un sentido positivo o, como en este caso indicaba Jung (1938, p. 90), “uno nefasto, [bajo la forma de] la bruja, el dragón (todo animal que devora o envuelve a sus víctimas en un abrazo como un gran pez) o la serpiente”.

Como veremos a continuación esta conjunción del fruto prohibido con esta representación arquetípica de la madre no es casual. Recapitemos: Hasta este momento tenemos a un Adán que pasea a sus anchas por el paraíso, dando el nombre que se le antoja a cada animal que ve, sin preocupación ni restricción alguna: Es decir que tenemos a un Adán puro goce. Pero recordemos entonces la advertencia que el Padre hace sobre el fruto prohibido: “Puedes comer todo lo que quieras de los árboles del jardín, pero no comerás del árbol de la Ciencia del bien y del mal. El día que comas de él, ten la seguridad de que morirás” (Gén 2, 16-17). Es decir que el padre de Adán prohíbe cierto fruto, pero habilita todos los demás. Podemos decir por lo tanto que, finalmente, aparece Dios bajo la forma del padre interdictor. Pero Adán se ve tentado, consume el fruto prohibido, hace caso al deseo de esta mujer-serpiente que a su vez es representante arquetípico materno. Por lo tanto estamos en presencia de esta madre que envuelve, que tienta, que se presenta como perteneciente a un mundo ajeno e incluso opuesto al del padre (Dios) y, por añadidura, Adán está a merced de ella. Pero aún nos queda algo por explicar sobre el arquetipo materno.

¹ No es la primera vez que el demonio y la mujer aparecen unidos en un mismo símbolo. Además son este tipo de identificaciones entre el mal y lo femenino lo que posteriormente desembocará en la misoginia característica de muchas religiones y sectas.

² Para definir este término es conveniente tomar las palabras de Raúl Usandivaras (1982, p. 19) quien nos dice que “para Lévi-Strauss son las unidades estructurales de todo mito que constituyen el todo significativo más simple en que puede ser dividido”.

Si observamos bien a la serpiente en este mito está íntimamente relacionada con el árbol prohibido (sin ir más lejos en el fresco de Miguel Ángel que antes mencionara Lilith aparece enroscada en dicho árbol). Esto se debe a que el árbol es otro de los representantes arquetípicos que corresponden a la madre (en este caso ya no asociado a un símbolo nefasto sino a uno positivo). Y es que todo arquetipo es ambivalente y en este caso es patente: Árbol nutricional, dador de conocimiento, por un lado y serpiente, animal que envuelve y devora, por el otro. Además no debemos olvidar que la serpiente, en las antiguas culturas mesopotámicas, representaba el mal: Pocas cosas hay más nocivas para el psiquismo que una madre-serpiente que nos envuelve y nos asfixia.

Mas este puro goce del paraíso, esta trampa del deseo de la mujer-serpiente-madre, no va a durar por mucho tiempo, ya que Dios-padre potente e interdictor hace parcialmente efectiva su amenaza, su palabra tiene valor: No mata a Adán pero lo echa del paraíso (la castración es simbólica). En este preciso momento la metáfora paterna entra en juego, el Nombre del Padre adviene al lugar que antes ocupaba el deseo materno. Sin embargo Dios padre tiene aún algunas cosas que decirle a Adán: “Con fatiga sacarás de ella [la tierra] el alimento por todos los días de tu vida... [y] ...con el sudor de tu frente comerás tu pan hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste sacado. Sepas que eres polvo y al polvo volverás.” (Gén 3, 17-19). Finalmente en este punto cabe destacar un versículo en el que no suele repararse, pero es algo que el padre añade para sí mismo: “Entonces Yahvé Dios dijo: Ahora el hombre es como nosotros³, pues se ha hecho juez de lo bueno y de lo malo.” (Gén 3, 22). Es decir que Adán ya no necesita de otros para saber lo que está bien y lo que está mal, su superyó se ha constituido y ahora nuestro recién formado neurótico “es como el padre”. Tiene los títulos en el bolsillo y podrá utilizarlos y, por añadidura respondió al interrogante del que parte este mito (¿de dónde venimos y hacia dónde vamos?): Somos polvo y al polvo volveremos.

³ A lo largo de la historia se ha considerado este **nosotros**, es decir esta referencia en plural, como un remanente de los orígenes politeístas del protojudaísmo. Es decir que, según algunas interpretaciones, Yahvé estaría hablando con otros dioses.

Por lo tanto es en este preciso instante cuando el padre empuja a su hijo Adán al mundo de la neurosis y lo obliga a tomar conciencia de que es mortal y hay una vida que se acaba, de que su existencia será solo un paréntesis en la larga historia de la humanidad. Adán advierte entonces por vez primera su propia finitud y aparece la angustia, no solo la de castración sino la de saber que algún día volverá al polvo y que, por lo tanto, está sometido al inexorable ciclo de la vida. Es por ello que Dios no mata a Adán, no deja que la pulsión llegue a cero y se produzca la dispersión sino que, por el contrario, hace que Adán se vea impelido a desear y a intentar satisfacer infructuosamente ese deseo; en pocas palabras: Adán se ve obligado a vivir; Eros y Thánatos comienzan su incansable pugna.

De esta forma Adán se ve expulsado a un mundo que le es hostil, donde se suda para poder comer, se pare con dolor y demás. Pero le queda un consuelo: Él no está solo. En adelante Adán hará su vida lejos de su padre, fuera de la casa paterna y sin acceder a ese árbol prohibido, pero acompañado de Eva, futura madre de sus hijos, quien es oficialmente la primera mujer; mas no debemos olvidar que hubo otra mujer antes: Lilith, quien, al igual que nos pasa con nuestra madre, es el primer objeto de amor; es la mujer que Adán amó antes de amar a “la primera mujer que amó”, valga la redundancia.

Como conclusión podemos decir entonces que, a pesar de sus altibajos, esta historia de la primera constitución subjetiva llegó a buen término y que nuestro primer hombre no solo logro quedar en el campo de la neurosis sino que además alcanzó en cierto modo la salud mental tal como la definía Freud: Adán tuvo la **capacidad de amar y trabajar**. Esto último es gracias a la intervención de ese padre que pone un límite al puro goce, que introduce la privación: No te acostarás con tu madre (en este caso Dios delimita un árbol cuyo fruto le está vedado a Adán, pero habilita muchos otros); no reintegrarás tu producto (no por nada finalmente la reprimenda recae también sobre la serpiente).

Pero entonces solo nos queda un interrogante: ¿Dónde el padre hace efectiva la castración; dónde se introduce la falta en Adán?

Recordemos que Dios dijo que ahora el hombre sería como él, pero Adán no debe quedar en esa posición de omnipotencia. Este último obstáculo es salvado a último momento cuando añade: “Que no vaya también a extender su mano y tomar del árbol de la Vida, pues viviría para siempre.” (Gén 3, 22).

De esta forma el padre inscribe de cierta forma la falta en Adán, la castración se hace efectiva. Y termina así este capítulo del Génesis (Gén 3, 23-24):

“Y así fue como Dios lo expulsó del jardín del Edén para que trabajara la tierra de la que había sido formado.

Habiendo expulsado al hombre, puso querubines al oriente del jardín del Edén, y también un remolino que disparaba rayos, para guardar el camino hacia el Árbol de la Vida.”

De esta forma es tanto en este corte que hace Dios padre como en la expulsión del Edén donde Adán es eximido de quedar alienado en el Otro o, como bien señalara Erich Fromm (1960, p. 97):

Una vez que el hombre es separado de la unidad prehumana, de la unidad paradisiaca con la naturaleza, nunca puede volver a donde vino; dos ángeles con fieras espadas le cierran el regreso. Solo en la muerte o en la locura puede realizarse esa vuelta, no en la vida ni en la salud.

Bibliografía

Freud, S. (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En *Obras completas* (Tomo X). Buenos Aires: Amorrortu Editores. 2001.

Fromm, E. y Suzuki, D.T. (1960). *Budismo Zen y psicoanálisis*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica. 2009.

Jung, C.G. (1938). Los aspectos psicológicos del arquetipo de la madre. En *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Buenos Aires: Paidós. 2004.

Lacan, J. (1957-1958). La lógica de la castración. En *El seminario, libro 5. La formación del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós. 1999.

Usandivaras, R. (1982). *Grupo, pensamiento y mito*. Buenos Aires: EUDEBA.